

Claudia González Caparrós
Los augurios se rechazan



La Bella Varsovia / Poesía

*Los augurios
se rechazan*

Claudia González Caparrós

ALGO DEBÍA MOVERSE de lugar, la tarde
depuso su enseñanza, alargando las manos,
como si hubiera querido demostrar un rasgo
[de la luz
que para todas resultaba invisible

cambiaba la estación, desubicaban
las cosas su trazado, esquivando
su natural pasividad:

si hay mundos que persisten es porque la
[latencia
se vive en el presente

Variación sobre un recuerdo de A.

DIJO QUE HAY COSAS de las que ya hemos empezado a despedirnos. Esa botella que hoy se rompe al caer de la mesa, ¿es la misma que él rompió de niño, en un descampado, jugando a inaugurar casas abandonadas como si fueran barcos? Busca la precisión, y se pregunta en qué momento exacto se abandona la infancia. Pero hay cambios que no conocen la especificidad. Hay quien llama transformación a esto. Piensa que una transformación es siempre dolorosa, porque involucra los trabajos del cuerpo. Metamorfosea la piel en rama, en pluma, en una extensión mayor de piel: el hueso, en hueso largo; la botella de entonces, en la que ahora ve caer de la mesa, hacerse añicos, convertirse en decenas de vidrios aristados. La forma se divide en otras formas singulares. El recipiente se disgrega, el líquido se derrama. En el vidrio homogéneo de un espejo se proyecta un cuerpo que ha cambiado de tamaño. Se despidió de la planicie de su pecho. Se despidió de la pequeñez. Entró, sin estridencias, en el régimen tranquilo de la lamentación, con la confianza de que eso que una vez leyó tal vez sea cierto: «no lloro lo perdido, Señor. Nada se pierde».

Mi lengua va por do el dolor la guía

Garcilaso de la Vega

Hay leche y miel debajo de tu lengua.

Cantar de los Cantares, 4:3-13

CON EL BÁLSAMO TIBIO de la respiración

[pausada, en el sosiego
de un hallazgo que comienza a mostrarse,
acierto a decir cosas

quise nombrar sin incurrir en hábitos
lastrados o herrumbrosos, y ocupar
la cadencia silábica que emerge de los cuerpos
cuando la intimidad no los coarta;
el ruido más absurdo (borborigmo,
silbido, ronquido o tarareo)
bastaba por sí solo: supe entonces
de la boca todos sus lenguajes, los lexemas
creados por el aire que entraba y que salía de
[los cuerpos, como en una
oración intercambiada

rogábamos por la amplitud
de un espacio de diferenciación donde cumplir
un léxico común fuera posible

del mismo modo que en mi cuerpo existe
un órgano enteramente destinado al placer,
su propia superficie se consagra
también, y por entero,
a su dolor

así esta lengua exasperada cede
su palabra a otras vías
donde un mayor sigilo y discreción la guíen
hasta encontrar su paz, su gusto y su renuncia

CON CUIDADO Y CAUTELA mordisqueo
el borde marchitado de las frutas
que el verano me ofrece

son romos sus contornos,
pero es dulce la mezcla del jugo y la saliva,
y es mansa la lengua que entrelaza
la carne comestible
y el fonema que puede designarla

hay paz en el desprendimiento
del fruto de su rama,
y hay paz en el desgarro de un cuerpo que
[atraviesa su propia finitud
para, obstinadamente, reiterarse en cuerpo

nombro la suavidad de unos albaricoques que,
olvidados al sol,
autorizan su propia podredumbre;
hay paz en los insectos
que liban el azúcar de sus pieles,
en su reblandecerse y en su oscurecimiento,
[hay paz
en el breve expandirse del zumo por el cuerpo
feliz,
definitivo de los frutos

Decía Hamlet en *Hamlet*: «Nada de eso; los augurios se rechazan. Hay singular providencia en la caída de un pájaro. Si viene ahora, no vendrá luego. Si no viene luego, vendrá un día. Todo es estar preparado. Como nadie sabe nada de lo que deja, ¿qué importa dejarlo antes? Ya basta.» Claudia González Caparrós parte de esta cita de William Shakespeare, y de este pensamiento: la anticipación, la futuridad. Que sea algo que todavía no es. Un horizonte que se muestra a la vez posible e imposible; lúcido, misterioso.

Desde ahí se escribe *Los augurios se rechazan*: desde el lugar de los presentimientos, las amenazas, los enigmas. ¿Existe lo que aún no existe, pero se adivina que vendrá? ¿Qué relato se construye? ¿Qué idea nos brinda su posibilidad? Y desde ahí —también— escribe Claudia González Caparrós estos poemas: desde la memoria y la forma en la que contamos los recuerdos, quizá no discursiva, sino un vínculo de presente a pasado que orilla —o pausa— las posibilidades de la palabra y se adentra en las del cuerpo.

Un libro con el que nos preguntamos sobre ese conocimiento ajeno a lo lingüístico —no se puede decir, no se sabe cómo— que de alguna forma se encarga y nos moldea, define nuestros movimientos y nuestras decisiones, sitúa una narración propia. Las intuiciones, las profecías... Lenguaje, y realidad, y certeza, y lenguajes y realidades y certezas: después de *Si la carne es hierba* (Sully Morland) y *te miro como quien asiste a un deshielo*, dos de los libros más reveladores de los últimos años, Claudia González Caparrós rechaza los augurios, cuestiona la manera en la que decimos el tiempo y lo pensamos.

**LA
BELLA
VARSOVIA**

ISBN: 978-84-339218-0-2

IBIC: DCF



9 788433 921802